
Conferencia 'The current challenges of Europe' en la Johns Hopkins University, 04.09.13

Europa no puede sentarse y ver cómo progresa el mundo. Europa no puede seguir empantanada en la crisis, la confusión y la incertidumbre. Debe ser clara y realista acerca de sus fortalezas y debilidades, y sobre los riesgos y oportunidades que tiene por delante. Debe recuperar el sentido de propósito y dirección, y establecer un plan de acción que los ciudadanos de las diferentes naciones de Europa puedan entender, compartir y apoyar. Y tiene que afrontar los numerosos retos de nuestro tiempo con visión y decisión.

Me han pedido que comparta mis puntos de vista sobre los retos actuales de Europa. Voy a empezar con tres breves declaraciones sobre mi postura con respecto a Europa y luego pasaré a describir los cinco grandes desafíos a los que creo que Europa se enfrenta en este momento.

Primera declaración: creo que Europa ha desempeñado un papel absolutamente crucial para el progreso de la vida y la sociedad civilizada en el mundo. Grecia, Roma, el humanismo, el cristianismo, la ilustración... la defensa de los derechos humanos y las libertades; el ejercicio de un gobierno limitado; la separación de poderes; las ideas de ciudadanía y pluralismo político... Los grandes valores que distinguen a las sociedades modernas, civilizadas y abiertas –lo que conocemos como valores occidentales– hunden sus raíces en la historia europea. La historia de Europa es, sin duda, compleja. Tiene momentos oscuros, a veces muy oscuros. Pero, en general, es una historia de la que los europeos podemos sentirnos orgullosos y que debemos tratar de enriquecer mediante el fortalecimiento de los valores que sabiamente hemos hecho nuestros.

Segunda declaración: Yo soy un firme defensor de la Unión Europea como proyecto compartido de paz, democracia, libertad y prosperidad. La Unión Europea es la victoria de la reconciliación sobre el conflicto; de la democracia sobre el extremismo político; de la cooperación y la colaboración sobre la división y el conflicto; y ha traído el mayor periodo de paz y prosperidad que haya conocido el continente europeo. Se merece y debe ser preservada, por el bien de las generaciones futuras. En un mundo globalizado y cada vez más competitivo, una Europa dividida no tendría voz, ni influencia ni lugar. Simplemente se volvería cada vez más irrelevante hasta llegar a desaparecer.

Tercera declaración: No comparto el pesimismo resignado de los que dicen que Occidente –en concreto Europa– está condenado a un largo período de declive continuado. Tampoco creo que el crecimiento del Pacífico implique la inevitable decadencia del Atlántico. Creo que Europa todavía tiene una posición clave en cuestiones económicas, políticas, estratégicas y culturales en el mundo, y tiene una buena oportunidad de mantener el liderazgo que disfruta junto a su aliado más fuerte y más importante, los Estados Unidos. El siglo XXI no tiene por qué ser el siglo del Pacífico. También puede ser un nuevo siglo Atlántico.

Para que esto ocurra, es necesario que cambien muchas cosas en Europa. Europa no puede sentarse y ver cómo progresa el mundo. Europa no

puede seguir empantanada en la crisis, la confusión y la incertidumbre. Debe ser clara y realista acerca de sus fortalezas y debilidades, y sobre los riesgos y oportunidades que tiene por delante. Debe recuperar el sentido de propósito y dirección, y establecer un plan de acción que los ciudadanos de las diferentes naciones de Europa puedan entender, compartir y apoyar. Y tiene que afrontar los numerosos retos de nuestro tiempo con visión y decisión. Los retos más importantes o urgentes son, en mi opinión, los siguientes cinco:

Primer Reto: El primer desafío de Europa es económico: debemos consolidar el euro y realizar reformas estructurales profundas.

Durante el último año aproximadamente, el futuro de la moneda común europea –el euro– ha sido puesto en duda. El desafío europeo más apremiante durante estos meses ha sido hacer del euro una divisa irreversible. La ruptura del euro habría significado la ruptura de Europa, algo que los europeos no quieren ni, desde luego, pueden permitirse.

El futuro del euro y de la Unión Europea como un espacio de libertad, prosperidad y oportunidades para millones de personas depende básicamente de nuestro compromiso con tres cosas: reformas económicas estructurales profundas, disciplina fiscal y una unión económica y financiera más estrecha.

Como presidente de España tuve la responsabilidad de supervisar la entrada de mi país en el euro. Yo solía insistir entonces (y creo que el tiempo me ha dado la razón) en que el euro significaba el comienzo, y no el final, del camino. Ser parte del club del euro implicaba entonces –y aún hoy– aceptar y adoptar tres grandes compromisos.

Un firme compromiso con las reformas estructurales para que todas las economías europeas fueran flexibles, abiertas y competitivas. En esta cuestión, algunos países están haciendo un buen trabajo; mientras que otros, sin embargo, se han quedado atrás, lastrados por los prejuicios ideológicos o, lo que es peor, por motivaciones electorales.

Un compromiso firme con la disciplina fiscal. Es decir, asegurarse de no gastar más de lo que se debería, para que el presupuesto se mantenga fuerte y saludable. Una vez más, en este tema algunos países europeos han hecho y están haciendo, mayores esfuerzos que otros para corregir los efectos devastadores realizados por los gobiernos irresponsables en los últimos años.

Y, por último, un compromiso firme con una unión económica y financiera más estrecha entre los Estados europeos. Este último punto es crucial. Aunque se ha llegado a un acuerdo para la unión bancaria, su alcance es limitado y su aplicación sigue siendo desesperadamente lenta. Se necesita una acción más rápida y decidida. (Tal vez después de las elecciones alemanas seremos capaces de avanzar a más velocidad, aunque las próximas elecciones al Parlamento Europeo (mayo de 2014) sugerirían lo contrario).

Segundo reto: el segundo reto más importante de Europa es social: hay que repensar y revisar los límites del Estado del bienestar.

Este reto no es exclusivamente europeo, creo que es uno de los temas clave de nuestro tiempo. Todas las sociedades modernas ya consolidadas, así como todos aquellos países con clases medias en rápido crecimiento y con cada

vez mayores exigencias, tendrán que abordar en algún momento la espinosa cuestión sobre el estado del bienestar: ¿cuánto puede y debe costar? ¿Es sostenible un modelo que se caracterice por un alto grado de protección social?

Para Europa, hacer frente a este problema es especialmente urgente. Desde la Segunda Guerra Mundial, el llamado "modo de vida europeo" ha adquirido características que no siempre parecían sostenibles ni razonables. El concepto fundamental de la responsabilidad individual – que es el núcleo de la innovación, la competencia, la creatividad, el espíritu empresarial y el progreso– ha sido eliminado, en cierta medida, por lo que podríamos denominar como una "cultura de derechos", derechos que el Estado debe proveer y, por supuesto, pagar. Aunque muchos de estos "nuevos derechos" en realidad no son tales, y aunque el dinero público no es ni libre ni ilimitado, muchos en Europa (tanto en el extremo de dar como en el de recibir), han actuado como si lo fueran. El resultado está a la vista de todos: la crisis económica actual en Europa es, en gran medida, consecuencia de los excesos cometidos por una lectura errónea del estado del bienestar.

El reto de Europa es reconocer este hecho y actuar en consecuencia: hay que dejar de financiar nuestro bienestar con deuda. Hacer lo contrario es económicamente imprudente y socialmente injusto. Todo lo que se consigue es cargar a la próxima generación con impuestos y recortes.

Tenemos que repensar los límites del Estado del bienestar. Tenemos que encontrar un equilibrio más razonable entre derechos y responsabilidades y entre Estado e individuo. Europa necesita menos intervención estatal y más libertad económica. Se necesita más sociedad civil y más poder de elección. Tenemos que hacer de Europa una sociedad más abierta, competitiva y libre, una sociedad de individuos dispuestos a asumir sus responsabilidades con el fin de aprovechar las muchas oportunidades de un mundo globalizado.

El tercer desafío: el tercer gran reto de Europa es político: necesitamos una nueva narrativa y debemos hacer que nuestras instituciones sean más representativas, eficientes y con mayor rendición de cuentas.

La combinación de la larga crisis económica y la falta de una acción decidida por parte de las instituciones de Bruselas está provocando un aumento de movimientos populistas y nacionalistas en toda Europa. La decisión de David Cameron de convocar un referéndum sobre Europa, el ascenso de los partidos extremistas en Grecia, Holanda, Francia y otros países, el fuerte descenso del sentimiento pro-europeo en países tradicionalmente muy pro-europeos como Portugal o España... los signos de desafección hacia Europa se han multiplicado en los últimos años sin una respuesta clara o adecuada por parte de los líderes y las instituciones europeas.

En lugar de clamar por "más Europa", que es lo que la mayoría de estos líderes e instituciones han hecho, tal vez deberíamos tratar de ofrecer respuestas claras a dos preguntas: "¿Por qué Europa?" y "¿qué clase de Europa?" Y hacerlo no es tan fácil como podría parecer.

Durante muchas décadas, Europa ha significado paz y prosperidad. Ahora, las generaciones más jóvenes, que no tienen memoria de ninguna de las dos guerras mundiales, en general dan por sentada la paz en Europa. Al mismo

tiempo, la edad de las oportunidades, que muchos de nuestra generación habían asociado con Europa, ha llegado, si no a su fin, ciertamente a una fuerte detención. Europa tiene que redefinirse y explicarse. Por tomar prestada una expresión común entre los analistas políticos, necesita una "nueva narrativa". La idea de Europa como un remanso de paz y prosperidad ya no es ni muy exacta ni suficiente. La globalización, la competencia, el ascenso de China, el desafío del Pacífico... estos y otros nuevos elementos están cambiando el mundo y nuestra percepción de él. Ahora Europa tiene que redefinirse: tiene que ser clara sobre lo que representa y sobre dónde quiere ir.

En cuanto a la segunda pregunta, ¿qué tipo de Europa?, el debate parece moverse entre aquellos que consideran que unos Estados Unidos de Europa, con estructuras políticas federales totalmente integradas, resolvería de inmediato todos nuestros problemas actuales, y aquellos que agitan las llamas del nacionalismo e incluso la xenofobia contra Europa y contra los otros. Yo no he estado en ninguno de los dos extremos y no lo estoy ahora. Creo que lo que Europa necesita son instituciones más representativas y eficientes, más rendición de cuentas y menos burocracia. Necesita Estados-nación democráticos sólidos y vigorosos, comprometidos con el proyecto europeo y con los valores de las sociedades libres y abiertas, y que estén dispuestos a trabajar cada vez más estrechamente frente a la creciente competencia.

Cuarto reto: el cuarto gran reto de Europa afecta a nuestras políticas exteriores y de defensa: hay que definir y ser capaces de expresar y defender coherentemente nuestra posición en el mundo.

1 - Un cambio de visión: del idealismo al realismo sobrio

Los europeos tienden a ver el mundo desde un prisma de optimismo. Hay muchas razones que explican esto: desde la superación, tras la Segunda Guerra Mundial, de los permanentes conflictos que existieron entre las grandes potencias hasta la caída del comunismo y el pacífico triunfo de la Guerra Fría.

Hasta cierto punto, los acontecimientos positivos en Europa, junto con el papel de policía global adoptado por los EE.UU. hasta hace poco, contribuyó a dar forma a una cultura estratégica europea que hizo hincapié en la creación de instituciones, en la cooperación, la ayuda y el mantenimiento de la paz como sus principales objetivos. Y, en consecuencia, la UE nunca desarrolló una capacidad militar real y sólida para sí, ya que la defensa descansaba en sus miembros y en su compromiso con la OTAN.

Probablemente debido a este optimismo histórico, los europeos recibieron con brazos abiertos los cambios en el Norte de África y Oriente Medio, conocidos como la Primavera Árabe. La transición pacífica a la democracia y la universalidad de los valores liberales eran nuestra experiencia y nuestra lente para mirar a un mundo en constante evolución.

Sin embargo, dos cambios importantes están obligando a Europa a reconsiderar nuestras ideas tradicionales. Por un lado, un país, EE.UU., que con la presidencia de Barack Obama parece estar en retirada global del mundo, o al menos en retirada de algunas regiones del mismo, incluyendo Europa; por otro lado, la falta de transiciones democráticas en Oriente Medio que, como vemos ahora, están fatalmente empantanadas en violencia, golpes militares y guerra

civil de forma tan terrible que hemos podido ver el empleo de agentes químicos contra civiles, como ha sucedido en Siria recientemente.

No creo exagerar si digo que el europeo medio de hoy observa el mundo con más preocupación que en el pasado reciente. La inestabilidad, la violencia abierta, el yihadismo están cada vez más cerca de nuestras costas. Los líderes definitivamente están mucho más preocupados. Desde el idealismo tradicional que hemos venido observando en los últimos años se ha pasado a una visión más sobria de las promesas, peligros y amenazas que está surgiendo en toda Europa.

2 - Aún persiste una visión esquizofrénica: más amenazas, pero menos defensa

Para la mayoría en Europa, la larga paz de la Guerra Fría y las promesas de los años posteriores –los años del "Fin de la Historia" para citar a Francis Fukuyama– hacían que la defensa tuviera recursos financieros y humanos limitados y que estuviera orientada no a operaciones de combate, sino a tareas de estabilización. Sólo una minoría entiende y apoya otras funciones para sus militares.

La alarma con la que muchos hoy en día ven los retos de seguridad en la periferia de Europa es demasiado reciente como para superar los recortes prolongados en defensa llevados a cabo en cada país año tras año en las dos últimas décadas como una expresión material de los famosos "dividendos de la paz". El hecho es que, hoy en día, sólo unos pocos pueden llevar a cabo operaciones de combate fuera de nuestras fronteras, y a pesar de ello podrían experimentar rápidamente escasez de municiones, por ejemplo, como sucedió con los franceses y los británicos tras unos días bombardeando Libia.

La realidad es que ha surgido una verdad incómoda: los ejércitos europeos se han reducido no sólo en presupuesto y personal, sino también, y esto es más importante, en capacidades operativas. El resultado final: que aquellos a los que les gustaría contribuir a las operaciones internacionales no pueden, mientras que aquellos que pueden, la mayor parte del tiempo encuentran obstáculos políticos que los paralizan. Un ejemplo es Alemania durante la campaña de Libia para derrocar a Gadafi, o de forma más reciente y dramática, el rechazo del plan del Primer Ministro del Reino Unido por parte del Parlamento británico para participar junto con los EE.UU. en una misión punitiva contra Bashar al-Assad.

Permítanme hacer un paréntesis aquí porque creo que es importante. La Constitución de EE.UU. no requiere que el Presidente obtenga una autorización explícita antes de participar en actividades militares en el extranjero. Sólo se establece que el Congreso tiene la facultad de declarar la guerra, que es diferente. En algunos países europeos, como el Reino Unido o España, la política exterior y de seguridad son del ámbito exclusivo de la rama ejecutiva. Sin embargo, después de las controversias en torno a la intervención en Iraq en 2003, se llegó al consenso de que el Primer Ministro debería buscar el apoyo del Congreso antes de participar en una misión militar. Pero se trata de un compromiso político, no un requisito legal. Obviamente, si se promueve un voto

en el Parlamento y se pierde, como le pasó a David Cameron hace unos días, la puerta a contribuir militarmente se cierra. Al menos temporalmente.

Pedir al Congreso una autorización siempre se presenta como una muestra de transparencia y de una actitud más democrática por parte del Poder Ejecutivo. No estoy tan seguro de que incluso si fuera así, esto sea una medida prudente. La guerra es un asunto complejo, todo el mundo teme ser señalado como un belicista, no toda la información se puede mostrar al público, a nadie le gusta ir a la guerra, incluso si es necesario... es por eso que el poder de actuar militarmente siempre ha estado en manos de los presidentes y primeros ministros. Y creo que así debe ser.

En realidad, lo que parecería ser un movimiento más democrático podría ocultar una falta de liderazgo. Líderes que no quieren asumir su responsabilidad en solitario y buscan la complicidad de otros actores políticos. La disolución de responsabilidades significa falta de coraje y abandono del deber. Al menos para mí. Yo siempre procuré cargar con el peso de las decisiones, para lo bueno y para lo malo.

3 -. El liderazgo es la respuesta

La mala noticia, obviamente, es que hoy en día muy pocos pueden y están dispuestos a actuar. La buena noticia es que esto se puede invertir, porque se trata esencialmente de una falta de atención en la defensa y la seguridad y, sobre todo, de falta de coraje.

A medida que siga evolucionando la percepción del público acerca de los riesgos y desafíos, más propensos a ver amenazas y no tanto promesas, el espacio público permitirá un nuevo discurso de los líderes que pueda influir positivamente en nuestros fundamentos de seguridad.

Soy plenamente consciente de que los años de los grandes presupuestos de defensa han acabado. Y no se espera que vuelvan, al menos por una buena temporada. Pero lo que sí es posible para los europeos –en realidad es una necesidad estratégica– es repensar sus fuerzas militares para poder hacer frente a los desafíos más probables del futuro.

Esta revisión estratégica es inevitable. El paraguas de EE.UU. no va a estar allí siempre que lo necesitemos. No va a ser fácil, ya que las divergencias estratégicas persistirán y probablemente requerirán soluciones imaginativas, como coaliciones más pequeñas de aquellos que estén dispuestos, tal vez con una orientación y base regional.

La alternativa de continuar como en la actualidad, manteniendo ejércitos nacionales similares a pigmeos, no es realmente una alternativa.

Quinto desafío: el quinto gran reto de Europa es estratégico: hay que renovar y fortalecer nuestra alianza con los Estados Unidos, y ampliar la asociación transatlántica con otros países de América Latina y África.

De la misma forma que las Américas no pueden entenderse sin referencia a Europa, estoy convencido de que Europa –nuestra libertad, nuestra

seguridad y nuestra prosperidad— no puede ser entendida sin los Estados Unidos de América, sin el Atlántico.

Esta relación tradicional del Atlántico debe ser fortalecida, y con este fin también debe ser renovada.

Los cambios que han tenido lugar en todo el mundo en la última década afectan necesariamente a la relación transatlántica. El ascenso de China y otros países asiáticos como principales competidores económicos. El espectacular progreso político y económico realizado por muchos países latinoamericanos, algunos de los cuales se han convertido en actores clave en los asuntos mundiales. El descubrimiento de nuevas fuentes de energía en los Estados Unidos y su impacto en la política exterior de la potencia dominante. La enorme influencia política adquirida por la comunidad hispana en rápido crecimiento de los EE.UU...

Estos y otros elementos deben tenerse en cuenta para establecer la alianza transatlántica tradicional sobre cimientos nuevos y sólidos. Y Europa, probablemente como la parte más interesada en esta alianza, debe tomar la iniciativa.

De hecho, se ha dado un paso muy importante. Las negociaciones para un acuerdo de libre comercio entre Europa y los Estados Unidos —el llamado TTIP, Acuerdo para el Comercio y la Inversión Transatlántica— por fin han comenzado. Se trata de un proyecto muy importante, no sólo en términos económicos o comerciales. Estratégicamente, el acuerdo sería decisivo: daría nueva vida a la marchita relación atlántica, renovarían las bases del liderazgo del Atlántico (los EE.UU. y Europa podrían establecer las reglas de la nueva economía mundial), y, lo que es más importante, se crearía un marco para una alianza transatlántica más amplia.

De hecho, el reto de Europa es poner toda la energía política y su voluntad no sólo en culminar el acuerdo comercial con los EE.UU. lo antes posible, sino también en su ampliación a otros ámbitos (energía, seguridad, mercados de trabajo, etc) y a otros países. En primer lugar y ante todo, a los países de América Latina y África que hayan mostrado su compromiso con la libertad, la democracia y los valores de una sociedad abierta. Para Europa, el Atlántico ha sido una fuente de unidad, libertad y prosperidad. Ahora, en tiempos de crisis y de cambios profundos en todo el mundo, es también nuestra mayor oportunidad.

Breve conclusión:

Estos, creo, son los cinco grandes retos a los que se enfrenta Europa en este momento. Por supuesto, hay muchos otros. Son cuestiones relacionadas con la inmigración y la identidad, con nuestros valores culturales y nuestras fronteras... sin pretender ser exhaustivo. Los que he identificado son, en mi opinión, los más urgentes y los cinco tienen un denominador común: todos ellos requieren de visión y liderazgo.

Como dije al comienzo de estas palabras, no creo que las sociedades europeas estén condenadas al fracaso o al declive. Europa es la cuna de los valores que

caracterizan a las sociedades modernas, abiertas y civilizadas. Ha demostrado su capacidad para superar las crisis más profundas y su potencial para conseguir los logros más extraordinarios. Y lo que es más importante, está llena de gente talentosa, trabajadora, creativa y emprendedora. Todo lo que necesita es un plan claro y bueno de acción y líderes con fuerza de voluntad, coraje y determinación para llevarlo a cabo.